

ron todavía los deseos de Pizarro, que determinó pasar adelante y descubrir mas pais. Su anhelo era ver si podia hallar ó tener noticia de Chíncha, ciudad de la cual los indios le contaban cosas maravillosas. Siguió, pues, su rumbo por la costa, tocaron y reconocieron el puerto de Payta, tan célebre despues, el de Tangarala, la punta de la Aguja, el puerto de Santa Cruz, la tierra de Colaques donde despues se fundaron las ciudades de Trujillo y de San Miguel, y en fin, el puerto de Santa, á nueve grados de latitud austral. Allí, ya navegadas y reconocidas mas de doscientas leguas de costa, sus compañeros le pidieron que los volviese á Panamá, que el objeto de tantas fatigas y penalidades estaba ya conseguido con el descubrimiento incontestable de un pais tan grande y tan rico. El lo juzgó así tambien, y el navío volvió la proa al occidente, siguiendo el mismo camino que habia llevado hasta allí.

A la ida y á la vuelta los indios prevenidos por la fama salieron en todas partes á su encuentro, con igual curiosidad que inocencia y confianza. Admiraban la extrañeza del navío en que iban, su figura, sus armas, y la ventaja inmensa que les llevaban en fuerza y en industria. *Juzgaban de ellos entonces por lo que habian visto en Tumbes*, según la candorosa expresion de Herrera; y la liberalidad, el agasajo, la fiesta y regocijo con que los trataban, eran consiguientes á la idea que tenian de su humanidad y cortesía. Indio hubo que les tuvo guardados, y les presentó, un jarro de plata y una espada que se les habia perdido en un vuel-

co de balsa que padecieron á la ida. Bastimentos les llevaban cuantos podian desear: presentes muchos de mantas y collares de chaquiras: oro no les daban, porque los castellanos, según las juiciosas disposiciones de su capitán, ni lo pedian, ni lo tomaban, ni mostraban anhelarlo. Viendo esta amigable disposicion de los naturales y la abundancia de la tierra, Alonso de Molina y un marinero llamado Ginés pidieron licencia para quedarse, y Pizarro se la dió, encomendándolos mucho á los indios, y encañeciéndoles el valor de esta confianza: Molina quedó en Tumbes y Ginés en otro punto mas atrás. Ya antes Bocanegra, otro marinero, se habia escapado del navío en la costa de Colaques, por disfrutar de la bondad de la gente, y de lorisueño del pais, sin que las diligencias que hizo su capitán para reducirle á que volviese produjesen efecto alguno. En fin, como para aumentar mas los vinculos entre unos y otros, y procurarse medios de comunicacion para lo futuro, pidió Pizarro que le diesen algunos muchachos que aprendiesen la lengua castellana, y pudiesen servirle de intérpretes cuando volviese. Diéronle dos, uno que despues bautizado se llamó don Martín, y el otro Felipillo, harto célebre despues por la parte que algunos le atribuyen en la muerte del Inca Atahualpa.

Pero de todas cuantas conferencias tuvieron con los indios, y de cuantos agasajos y obsequios de ellos recibieron, ninguno igualó en gala y cortesía, ni alcanza en interés, al modo que tuvo de acogerles y regalarlos una india principal en un puerto cercano al de Santa

Cruz. Ansiaba ella ver y tratar aquellos extranjeros que la fama le presentaba tan extraños, tan valientes y tan comedidos. Pizarro, aunque sabedor de sus deseos y buena voluntad, no habia podido satisfacerla á la ida, y habia prometido visitarla cuando volviese. Con efecto, luego que estuvo de vuelta trató de cumplirla esta palabra, y con tanta mas razon quanto que Alonso de Molina, que casualmente habia tenido que quedarse en la tierra todo aquel tiempo, habia sido tratado por aquella señora con una atencion y un agasajo sin igual, que él no se cansaba de ponderar y aplaudir. Señalóse, pues, el punto donde iria el navío para las vistas, y no bien llegaron á él, cuando se le acercaron muchas balsas con cinco reses y otros mantenimientos de parte de Capillana, que así entendieron los españoles que se llamaba la india. Envióles á decir ademas, *que para dar mas confianza á los extrangeros, ella queria fiarse primero del capitan, y iria al navío á verlos á todos, y despues les dejaria en él prendas bastantes para que estuviesen seguros en tierra todo el tiempo que quisiesen.* Pizarro para corresponder á esta atencion delicada, mandó que saliesen del navío al instante y fuesen á saludarla el tesorero Nicolás de Rivera, Pedro Alcon, y otros dos españoles.

Recibiólos ella con una cortesía igual á sus demostraciones primeras. Hízolos sentar y comer junto á sí, dióles ella misma de beber, diciendo que así se usaba hacer en su tierra con sus huéspedes; y despues añadió que queria inmediatamente ir al navío y rogar al capitan que salta-

se en tierra, pues ya iria fatigado de la mar. Contestaron ellos que viniese en buen hora, y al instante se puso en camino. Llegada al navío, Pizarro la recibió con toda urbanidad y respeto, la regaló con cuanto su estado y posicion permitia, y los castellanos se esmeraron en conducirse con ella con la mejor crianza y comedimiento. Ella en seguida manifestó, que pues siendo muger se habia atrevido á entrar en el navío, el capitan que era hombre podria mejor salir á tierra, quedando allí cinco de los mas principales de sus indios, para que lo hiciese con toda confianza. A lo que contestó Pizarro que por haber enviado delante de sí toda su gente y venir con tan poca compañía no lo habia hecho; pero que ahora, visto el afecto con que los favorecia, saltaria contento en tierra sin que fuesen para ello necesarias prendas ningunas de seguridad. La india con esto se volvió á su albergue á disponer la solemnidad con que habian de ser recibidos y agasajados huéspedes que tanto codiciaba.

Al romper el dia ya estaban al rededor del navío mas de cincuenta balsas para conducir al capitan. Iban en una doce indios principales, que luego que entraron en el buque dijeron que ellos se quedaban allí para seguridad de los españoles; y así lo hicieron; por mas que Pizarro porfió en que saltasen á tierra con él. Bajó, en fin, á la playa seguido de sus compañeros, y la india salió á recibirlos acompañada de mucha gente, todos en orden, con ramos verdes y espigas de maiz en las manos. Llevólos á una enramada preparada al intento, donde en el sitio

principal estaban dispuestos los asientos de los huéspedes, y otros algo desviados para los indios. Signióse el banquete compuesto de todos los alimentos que daba de sí el país, diversamente aderezados. Al banquete sucedió la danza que los indios ejecutaron con sus mugeres, admirándose los españoles cada vez mas de hallarse entre gentes tan atentas y entendidas. Tomó Pizarro luego la voz, y por medio de los intérpretes les manifestó su gratitud por las honras que le hacian y la obligacion en que por ella les estaba. Para acreditarla en el momento, les indicó la errada religion en que vivian, la inhumanidad y barbarie de sus sacrificios, la nulidad y repugnancia de sus dioses. Díjoles algunos de los principales fundamentos de la religion cristiana, y les prometió que á su vuelta les traeria personas que los adoctrinasen en ella. Y concluyó con hacerles entender que era preciso que obedeciesen al rey de Castilla, monarca poderosísimo entre cristianos, y pidiéndoles que en señal de obediencia alzasen aquella bandera que en las manos les ponía. A juzgar por nuestras ideas presentes, el tiempo á la verdad no era el mas á propósito para hacerles esta extraña propuesta. Los indios ciertamente fueron mas corteses y comedidos: sin disputar sobre la preferencia ni de religion ni de rey, tomaron la bandera y por dar gusto á su huésped la alzaron tres veces, bien así como por burla, no creyendo que se comprometian nada en ello, y bien seguros de que no habia en el mundo otro rey mas poderoso que su Inca Huayna-Capac.

Los españoles, agasajados y honrados de es-

te modo, se volvieron al navío, donde Pedro Alcon, viendo que ya se preparaban á partir, rogó á Pizarro que le dejase en la tierra. Era Alcon de aquellos hombres que adoran en su persona, y su manía en ataviarse y engalanarse llegaba á tal extremo, que sus compañeros se burlaban de él, y decian que parecia mas bien soldado galan de Italia, que miserable descubridor de manglares. Cuando de órden de Pizarro bajó del navío á saludar á la india, creyó que aquélla era la propia ocasion de lucirse, y se vistió su jubon de terciopelo, sus calzas negras, un escofion de oro con su gorra y medalla en la cabeza, y la espada y daga á los dos lados. Así salió pavoneándose y presumiendo rendir toda la tierra con su bizarria. La presencia de Capillana acabó de trastornarle la cabeza: porque, sea que ella fuese de hermosa disposicion, sea que su dignidad y cortesía le cautivasen la voluntad, él luego que estuvo en su presencia empezó á echarla ojeadas, á suspirar, y á mostrar su aficion y sus deseos con las simplezas pueriles de un amor tan importuno como insensato. Ella no se dió por entendida; pero Alcon que la habia ya marcado como conquista suya, y no queria perder tan grata esperanza, resolvió quedarse en la tierra, y en su consecuencia pidió á su capitán licencia para ello. Negósele resueltamente Pizarro conociendo su poco juicio; y él viendo venirse al suelo la torre de sus vanos pensamientos, perdió de improviso la cabeza, y empezó á grandes gritos á insultar á sus compañeros, y á dar muestra de querer herirles con una espada rota que acaso

se halló á la mano. Y aunque el desventurado habia enloquecido de amor, no era amor lo que deliraba: sus improperios y voces se dirigian todos á llamarlos *bellacos usurpadores de aquella tierra, que era suya y del rey su hermano*; por donde se veia en conocimiento, que las ideas de ambicion y mando habian fermentado en su cabeza tanto como las de galanteria y presuncion. Para excusar, pues, los inconvenientes de sus amenazas y de sus insultos, tuvieron que amarrarle á una cadena y ponerle debajo de cubierta, y allí recogido no fué de peligro ni de enojo á sus companeros. No se sabe si en adelante sanó de su frenesi; si bien inclina á creerlo, verle comprendido despues en las gracias y honores que el emperador concedió á los esforzados moradores de la Gorgona.

Sin este desagradable incidente todo hubiera sido bonanza en aquel dichoso viaje. Pizarro ya impaciente por terminarle, no quiso detenerse mas en la costa desde que salió de Tumbez, y dirigiéndose á la Gorgona recogió á uno de los dos soldados que allí habia dejado, pues el otro era muerto, y con él y los indios que le acompañaban siguió su rumbo á Panamá. Allí entró al fin despues de mas de un año que habia salido, andadas y reconocidas doscientas leguas de costa, descubierto un grande y rico imperio, y vencedor de los elementos y de la contradiccion de los hombres.

Los tres asociados se abrazarian sin duda en Panamá con la alegría y satisfaccion consiguiénte á la gran perspectiva de gloria y de riqueza

A fines
del año
1527.

que se les presentaba delante. Pero aunque el descubrimiento de las nuevas regiones estuviese conseguido, faltaba realizar su conquista; empresa por cierto harto mas árdua y costosa. Medios no los tenian, gente tampoco. El gobernador Pedro de los Rios les negaba resueltamente uno y otro: en Pedrarias no podian, ó no querian confiarse; y por otra parte depender de agena mano en empresa de tanta importancia, era exponerse á los mismos inconvenientes que acababan de experimentar. Resolvieron, pues, acudir á la corte, darla cuenta de lo que habian hecho, y pedir los títulos y autorizacion competente para dar por sí mismos cima á lo que tenian comenzado. Ofrecióse aquí otra dificultad, y fué quién habia de tomar este encargo sobre sí. Pizarro, ó deseoso de descansar, ó no teniendo bastante confianza en sí mismo para negociar en la corte, no se prestaba fácilmente á ello. Luque conociendo el carácter de sus dos companeros queria que se diese la comision á un tercero, ó que por lo menos fuesen los dos á negociar. Pero Almagro, mas franco y confiado, dijo que nadie debia ir sino Pizarro: que era mengua que el que habia tenido ánimo para sufrir por tanto tiempo la hambre y trabajos, nunca oidos, que habia pasado en los manglares, le perdiese ahora para ir á Castilla á pedir al rey aquella gobernacion: que esto se hacia mejor por sí que por comisionados; y que el mismo que habia visto y reconocido el pais, podia hablar mejor de él y disponer los ánimos á la concesion de lo que se iba á solicitar. La razon estaba evidentemente á favor de este dictamen

desinteresado: Pizarro se rindió al fin, y Luque condescendiendo tambien, no dejó por eso de anunciar lo que despues sucedió, en aquellas palabras proféticas: *Plegue á Dios, hijos, que no os hurteis uno al otro la bendicion como Jacob á Esaú: yo holgára todavia que á lo menos fuérais entrambos.*

Determinóse en seguida que la negociacion debia dirigirse á pedir la gobernacion de la nueva tierra para Pizarro, el adelantamiento para Almagro, el obispado para Luque, el alguacilazgo mayor para Bartolomé Ruiz, y otras diferentes mercedes para los demás de la Gorgona. Y habiendo reunido con harta dificultad mil y quinientos pesos para esta expedicion, Pizarro se despidió de sus dos asociados, prometiéndoles negociar fielmente en su favor; y llevando consigo á Pedro Candia y algunos indios vestidos á su usanza, con muestras del oro, plata y tejidos del pais, se embarcó en Nombre-de-Dios, y llegó á Sevilla á mediados de 1528.

Mas apenas habia saltado en tierra cuando fué preso á instancia del bachiller Enciso, en virtud de una antigua sentencia que tenia ganada contra los primeros vecinos del Darien, por razon de deudas y cuentas atrasadas. De este modo recibia su patria á un hombre que le traía tan magníficas esperanzas; y el que poco tiempo despues habia de eclipsar con su fasto y su poder á los próceres y aun príncipes de su tiempo, se vió vergonzosamente encarcelado como un tramposo, y embargado el dinero y efectos que traía consigo. No duró mucho sin embargo la prision; porque noticioso el gobierno de sus

descubrimientos y proyectos, dió orden de que al instante se le pusiese en libertad, y se le proveyese de sus dineros mismos para que se presentase en Toledo, donde la corte á la sazón se hallaba.

Su presencia y discrecion no desmintieron en este nuevo teatro la fama que le habia precedido. Alto, grande de cuerpo, bien hecho, bien agestado; y aunque de ordinario era, segun Oviedo, taciturno y de poca conversacion, sus palabras cuando queria eran magníficas, y sabia dar grande interés á lo que contaba. Tal se presentó delante del emperador: y al pintar lo que habia padecido en aquellos años crueles, cuando por extender la fe cristiana y ensanchar la monarquía habia estado tanto tiempo combatiendo con el desamparo, con el hambre, y con las plagas todas del cielo y de la tierra, conjuradas en contra suya, lo hizo con tanto desahogo y con una elocuencia tan natural y tan persuasiva, que Carlos se movió á lástima, y recibiendo sus memoriales con la gracia y benignidad que solia, los mandó pasar al consejo de Indias para que allí se le hiciese favor y se le despachase. La ocasion no podia ser mas oportuna: Carlos V entonces halagado por la victoria y por la fortuna se veía en la cumbre de su gloria. Humillada Francia con la derrota de Pavía y la prision de su rey, puesta en respeto Italia con el escarmiento de Roma, árbitro de la Europa, disponiéndose á partir para recibir de las manos del Pontífice en Bolonia la corona imperial; y como si todo esto junto fuese aun poco, puestos dos españoles á sus pies, aquel aca-

bando de darle un grande y rico imperio, este presentándose á ofrecerle otro mas vasto y mas opulento.

Vieronse en efecto en aquella ocasion Hernan Cortés y Pizarro, que se conocian ya desde su primera residencia en Santo Domingo, y aun se dice que eran amigos. Cortés venia á combatir con su presencia las dudas que se tenian de su fidelidad, y es cierto que si realmente las hubo, fueron desvanecidas como sombras al esplendor de la magnificencia, bizarría y discrecion maravillosa que desplegó en aquel afortunado viaje. Los honores brillantes que recibió del emperador y de la corte, pudieron servir á Pizarro de estímulo noble y poderoso para animarle á hechos igualmente grandes. Los dineros con que se dice que el conquistador de Méjico ayudó entonces al descubridor del Perú, le fueron por ventura menos útiles que la prudencia y maestría de sus consejos. Util le fué tambien la especie de ingratitude usada entonces con Cortés, á quien á pesar de las honras y mercedes que se le prodigaban, no fué concedido el mando político de un reino, en cuya conquista habia hecho muestra de un valor y de unos talentos tan sublimes como singulares. Pizarro lo tuvo presente al extender su contrata para la pacificacion de las regiones que habia descubierto, y no consintió que se le pusiese en ellas ni superior, ni aun igual.

La ambicion, hasta entonces ó dormida, ó suspensa en su ánimo, se despertó con una violencia tal, que le hizo romper todos los vínculos de la fe prometida, de la amistad y de la gratitud.

No solo se hizo nombrar por vida gobernador y capitán general de doscientas leguas de costa en la nueva Castilla, que tal era el nombre que se daba entonces al Perú, sino que procuró tambien para sí el título de Adelantado y el alcualazgo mayor de la tierra, dignidades que segun lo convenido debia negociar la una para Almagro, la otra para Bartolomé Ruiz. La alcaldía de la fortaleza de Tumbes, la futura del gobierno en caso de faltar Pizarro, la declaracion en fin de hidalguía, y la legitimacion de un hijo natural, no podian ser para Almagro mercedes y honores suficientes á disminuir la distancia y superioridad inmensa á que su compañero se ponía respecto de él. Menos descontento pudo quedar Bartolomé Ruiz, puesto que el título de piloto mayor de la mar del Sur, y el de escribano de número de la ciudad de Tumbes para un hijo suyo cuando estuviese en edad de desempeñarlo, no eran gracias tan desiguales á su mérito y á sus servicios. Pedro de Candia fué hecho capitán de la artillería que habia de servir en la expedicion, y todos los famosos de la Gorgona declarados fidalgos los que no lo eran, y caballeros de la espuela dorada los que ya tenian aquella calidad. Solo Fernando de Luque pudo quedar satisfecho de la consecuencia y buena fe de su asociado. Por fortuna los títulos y dignidades eclesiásticas á que él aspiraba, no podian competir con la preeminencia y prerogativas del nuevo gobernador: y á esto debió sin duda ser electo para el obispado que debia establecerse en Tumbes, y nombrado, mientras las bulas se despachaban en Roma, protector

general de los indios en aquellos parajes con mil ducados de renta anual. ¹

Logró además Pizarro para sí la merced del hábito de Santiago; y no contento con las armas propias de su familia, consiguió que se les añadiesen nuevos timbres con los símbolos de sus descubrimientos. Una águila negra con dos columnas abrazadas, que era la divisa del emperador; la ciudad de Tumbez murada y almenada, con un leon y tigre á sus puertas, y por lejos, de una parte el mar con las balsas que allí usaban, y de la otra la tierra con hatos de ganado y otros animales del país, fueron los blasones nuevos añadidos á las armas de los Pizarros. La orla era un letrado que así decia: *Carolus Caesaris auspicio, et labore, ingenio, ac impensa Ducis Pizarro inventa et pacata.* Ofende la soberbia, y se extraña la ingratitud que encierra en sí esta leyenda: pero no sé si todo desaparece con aquella jactancia, ó llámese bizarría, verdaderamente española, con que daba por logrado todo lo que no estaba emprendido, y como conquistado y vencido lo que no hacia mas que acabar de descubrir. Habíase obligado por la capitulacion hecha con el gobierno á salir de España para su expedicion en el término de seis meses, y llegado á Panamá emprender el viaje para las tierras nuevamente descubiertas en otro término igual. Erále, pues, forzoso ganar tiempo, y aprovechar los pocos

¹ El sin embargo se daba despues por quejoso así de Pizarro como de Almagro, y los acusaba de ingratos en las cartas que escribia al cronista Oviedo. Véase la Historia General de este, cap. I del lib. XLVI.

medios que le quedaban. Mas á fin de que se supiese prontamente en Indias los despachos que iba á llevar, y no se hiciese novedad en la conquista, luego que tuvo junta alguna gente, envió delante como unos veinte hombres, los cuales llegaron en fines de aquel mismo año á Nombre-de-Dios. La diligencia no podia ser mas oportuna: pues ya Pedrarias en Nicaragua aparentando quejas de que le hubiesen separado de la compañía en que al principio le admitieron, trataba de tomar la empresa por sí y otros asociados. Y aun á duras penas pudieron escapar de su ira y de sus garras Nicolás de Rivera y Bartolomé Ruiz, que de parte de Almagro habian ido en un navío á Nicaragua á publicar grandezas del Perú, y á excitar los ánimos á entrar y disponerse para la empresa luego que Pizarro volviese.

El entretanto se hallaba en Sevilla continuando los preparativos de su viaje. Habia anteriormente pasado por Trujillo con el objeto sin duda de abrazar á sus parientes, y disfrutar la satisfacción, tan natural en los hombres, de presentarse aventajados y grandes en su patria, si antes en ella fueron tenidos en poco por sus humildes principios. Su familia, que quizá no habia hecho caso ninguno de él en el largo discurso de tiempo que habia mediado desde su partida, le recibió sin duda entonces con el agasajo y respeto debidos á quien iba á ser el arrimo y principal honor de toda ella. Cuatro hermanos que tenia, tres de padre y uno de madre, se dispusieron á seguirle y á ser sus compañeros de trabajos y de fortuna. Con ellos se pre-

sentó en Sevilla, y con ellos, luego que tuvo adelantados algun tanto los preparativos de la expedicion, se embarcó en los cinco navíos que componian su armamento.

Faltaba mucho para completar en él lo que habia capitulado con el gobierno. Sus medios eran tan cortos y la empresa tan desacreditada á pesar de sus magnificas esperanzas, que no habia podido completar la leva de ciento y cincuenta hombres que debia sacar de España. El plazo señalado estrechaba; ya el consejo de Indias, receloso de la falta de cumplimiento, y acaso tambien instigado por algun enemigo de Pizarro, trataba de examinar si los navíos aparejados para partir estaban provistos de la gente y pertrechos prescriptos en la contrata. La órden estaba expedida para que fuesen visitados y reconocidos, y hallándoseles en falta, no se les dejase salir. El, temeroso de esta pesquisa y ansioso de evitar dilaciones, dió la vela al instante en el navío que montaba, sin embargo de tener el tiempo contrario, dejando encargado el resto de la escuadrilla á su hermano Hernando Pizarro y á Pedro de Candia, con la advertencia de que en el caso de ser reconocidos y echándose de menos la gente que faltaba para el número convenido, respondiesen que iba en el navío delantero. De este modo el que á su llegada de Indias habia sido preso en Sevilla por deudas atrasadas, tambien por no poder ocurrir á los gastos en que se habia empeñado, tenia que salir de España como un miserable fugitivo.

Fueron con efecto reconocidos los navíos, y

19 de
Enero
1530

preguntados judicialmente los religiosos dominicos que iban en la expedicion, Hernando Pizarro, Pedro de Candia y otros pasajeros ¹. La contestacion fué tal, que satisfechos los ejecutores del registro, se permitió la salida, y los buques siguieron el rumbo de su capitana, que los esperaba en la Gomera. Reunidos allí, continuaron felizmente su navegacion á Santa Marta, donde Pizarro diera algun descanso á su gente, á no habérsele empezado á desbandar, desalentada con las tristes y desesperadas noticias que corrian de los países á donde iban. Huyó, pues, de allí como de una tierra enemiga, y dióse prisa á llegar á Nombre de Dios, donde desembarcó al fin con solos ciento veinte y cinco soldados.

A la nueva de su llegada corrieron al instante á saludarle sus dos compañeros, y el recibimiento que se hicieron los tres no desdijo de la amistad antigua y de los vínculos que los unian. No dejó sin embargo Almagro de darle sus quejas á solas: "era extraño, por cierto, le decia, que cuando todos eran una cosa misma, él se hallase como excluido de los grandes favores de la corte y limitado á la alcaidía de Tumbez, gracia en verdad bien poco correspondiente á la amistad antigua que habia entre los dos, á la fe jurada, á los trabajos padecidos,

¹ Este reconocimiento y probanza se hicieron en 27 de enero de 1530: existen todavia el documento auténtico de todo ello, y de él se deduce que eran cinco los navíos que Pizarro llevaba para la gente y pertrechos de guerra, y que iba además uno de pasajeros que no iban á la conquista. Extractos de Muñoz: año 1530.